Domingo 12 de abril de 1998
El Evangelio de Hoy, Diario "El Sur"

Lc 24,1-12

¡No está aquí, resucitó!

Anoche celebraba la Iglesia la más grande de las vigilias, "la madre de todas las vigilias", como la llama San Agustín. Durante los cuarenta días de la Cuaresma y durante la semana santa la Iglesia observó la penitencia, para acompañar a su Señor en el sufrimiento, que él padeció por nuestros pecados, hasta su muerte en la cruz. Pero anoche, frente al cirio pascual encendido que representa a Cristo resucitado, resonó como una explosión de alegría el grito: "Exulte el cielo... goce la tierra".

El ministro que proclama el "Exultet" sigue diciendo: "Esta es la noche en la que, por toda la tierra, los que confiesan su fe en Cristo son arrancados de los vicios del mundo y de la oscuridad del pecado, son restituidos a la gracia y son agregados a los santos. Esta es la noche en que rotas las cadenas de la muerte, Cristo asciende victorioso del abismo. ¿De qué nos serviría haber nacido si no hubieramos sido rescatados?...."

La muerte es algo que, no obstante los impresionantes adelantos de la ciencia y la técnica, aún perdura inexorable. A todos alcanza la muerte. No se conoce el hombre que haya escapado a ella y todos sabemos que mientras dure el mundo ésta es la suerte de todo ser humano. Esto en el orden físico. Pero también existe la muerte en el orden moral, causada por el pecado en todas sus formas: orgullo, autosuficiencia, egoísmo, envidia, ambición, ira, violencia, homicidios, engaño, abusos, fraudes, lujuria, etc. ¿Quién nos puede librar de una y otra muerte? Y en verdad, ¿de qué nos serviría haber nacido, si no hubieramos sido liberados de la muerte? Con su resurrección, Cristo rompió las cadenas de la muerte, y a nosotros nos promete: "El que crea en mí, aunque muera vivirá" (Jn 11,25). Para el que cree en Cristo, la muerte corporal no es algo definitivo y por eso ya no nos angustia. Pero Cristo nos ofrece una participación de su vida resucitada, no sólo en la resurrección final, sino también ahora en esta vida, asegurando: "Yo soy la vid, vosotros los sarmientos" (Jn 15,5). Esta vida que Cristo nos comunica es divina y santa, y permite al que la posee estar libre de pecado. Este es el más grande de los milagros; cuando conozcamos a alguien que conduce una vida libre de pecado, reconozcamos la vida de Cristo en él y confesemos su resurrección.

El Viernes santo habíamos dejado a Jesús en el sepulcro después de su muerte en la cruz. El evangelista Lucas dice que "las mujeres que habían venido con él desde Galilea vieron el sepulcro y cómo era colocado su cuerpo" (Lc 23,55). Estas mismas prepararon aromas y mirra con la intención de ir a embalsamar el cuerpo de Jesús apenas pasara

el sábado, pues en ese día había que observar el reposo sabático. Pero "el domingo, muy de madrugada, fueron al sepulcro llevando las aromas que habían preparado". El evangelista detalla sus nombres: María Magdalena, Juana, María la de Santiago y otras que estaban con ellas. Imaginemos la impresión que tuvieron estas mujeres cuando vieron que la piedra había sido retirada de la boca del sepulcro y el cuerpo de Jesús no se encontraba allí. Pero mayor fue su asombro cuando "se presentaron ante ellas dos hombres con vestidos resplandecientes", que les dijeron: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo? ¡No está aquí, ha resucitado!". Y les recordaron que Jesús lo había anunciado: "Recordad cómo os habló cuando estaba todavía en Galilea, diciendo: 'Es necesario que el Hijo del hombre sea entregado en manos de los pecadores y sea crucificado, y al tercer día resucite'". Una cosa bien atestiguada por los Evangelios es que Jesús había anunciado su muerte y resurrección con antelación, ¡y más de una vez! Pero nadie había procesado sus palabras, salvo una mujer que por eso no va al sepulcro a embalsamar a Jesús; ella es la Virgen María, la que conservaba las palabras de Jesús y las meditaba en su corazón.

El Evangelio dice escuetamente que entonces, las mujeres "recordaron sus palabras". Pero lo importante es lo que ocurrió en su corazón. Tal vez no lo podían todavía expresar con palabras, pero ciertamente intuyeron con claridad que "la muerte había sido vencida" y que al ser humano se le ofrecía la vida divina inmortal. Ellas vislumbraron de golpe que la vida humana se llenaba de sentido, que "servía de mucho haber nacido". No les pidamos que lo expresen con palabras; para ellas es una evidencia, es una vivencia firme de algo trascendente y maravilloso, pero no lo saben expresar. Por eso corren a anunciarlo a los apóstoles para ver qué dicen ellos. En ese momento los apóstoles no les creen. Pero después será el turno de ellos de ver a Jesús resucitado y de "recordar sus palabras" y entonces formularán el misterio de nuestra participación en la vida resucitada de Cristo.

En efecto, los apóstoles nos han transmitido esta enseñanza de Jesús: "El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida eterna (ahora) y yo lo resucitaré en el último día" (Jn 6,54). Ellos nos han asegurado que todo cristiano puede formular su vivencia así: "No soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí" (Gal 2,20). Ellos proclaman que "Cristo resucitó de entre los muertos como primicias de los que murieron... pues del mismo modo que en Adán mueren todos, así también todos revivirán en Cristo" (1Cor 15,20-.22).

Imposible expresar con nuestras pobres palabras lo que significa participar de la resurrección de Cristo ahora. ¡Hay que haberlo vivido! Esto es lo que vive el cristiano cuando en la celebración de la Eucaristía se nutre con el

Cuerpo y la Sangre de Cristo y le es comunicada la vida divina de Cristo resucitado. Nada de esta tierra se le puede comparar. Por eso la Iglesia exhorta a sus hijos a recibir la santa Eucaristía en el tiempo de Pascua; no quiere que se priven de un don divino tan grande.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción